

LOS CAIDOS



GR 2011

ngc 3660
COMICS

- 24 -

CONSPIRACION

00111



59606 05764 1
\$0.50 US \$0.85 CAN



EN EL NÚMERO ANTERIOR:

Dobleseis mantiene como prisionero a John Scream, pero no es el único que anda tras la presa. Otros viejos conocidos suyos hacen acto de presencia y le invitan a rendirse ante una superioridad numérica de cuatro a uno.

Dobleseis no es que acepte precisamente el ofrecimiento.

#024: Conspiración

Autor: Magnus Dagon

Ilustración de portada: Guillermo Romano

Todos contra todos. Una batalla campal sin precedentes, destinada a confundirles, dividirles y enfrentarles. El propósito, desconocido. La comprensión de que habían sido manipulados era clara, sencilla y directa, aunque algunos trataran de pasarla por alto.

Ya muchos de los presentes en la tensa situación que se había forjado en aquel almacén, antes incluso de que Dobleseis terminara de hablar, estaban listos para contraatacar con toda la contundencia que fuera necesaria a su oponente de gatillo fácil. La fama del cazarrecompensas de múltiples extremidades como experto tirador no era, además, para tomársela a la ligera. Era cierto que cuantos más objetivos tratara de atinar al mismo tiempo tanto menor sería su puntería. Pero dado que su capacidad para dividir su atención en numerosos frentes era más que asombrosa, nadie quería ser el objetivo de un solo disparo efectuado con toda su concentración al servicio del mismo.

Los aspirantes sabían que por separado no eran rivales para Dobleseis, pero al mismo tiempo eran conscientes de que podían doblegarle si hacían equipo. Esa había sido la idea desde el principio. Hasta que cada uno se creyó el más listo, el único que sabía lo que estaba pasando, y no se dieron cuenta de que todos estaban al tanto de las nuevas normas añadidas a última hora.

Eso dificultaba hacer equipo, claro. No suele ser muy recomendable pedir cobertura a alguien que está esperando la ocasión propicia para dispararte por la espalda a la menor oportunidad.



De modo que optaron por atacar a Dobleseis de manera individual, pero confiando que la masa crítica conjunta bastaría para doblar al multibrazos.

Scream, mientras tanto, observaba. No era mucho lo que podía hacer en ese momento. Las palabras habían fallado, y esa era de lejos la mejor arma que poseía en ese momento.

O eso era lo que él pensaba.

El primero en caer sobre Dobleseis fue Barrera. Agitó su vara metálica y automáticamente generó un escudo cinético que desvió todos los disparos del pistolero. La pelea fue rápida pero enérgica. En cuanto tuvo una oportunidad Barrera movió ligeramente la vara y sacudió a Dobleseis en plena cabeza con ella, rompiendo la superficie reflectante de su casco por un lateral.

Aquello enfadó a Dobleseis. Mucho. Pagó una suma considerable por ese blindaje, y repararlo no iba a salir precisamente barato. Aparte de que su socio le echaría la bronca sin género de dudas.

Lanzó todas las armas al suelo. Total, con su movimiento de vara, pensó, el idiota que tenía delante también impedía a los demás que le dispararan. Se detuvo dos segundos a mirar con detenimiento el movimiento circular del arma de su enemigo y la agarró al vuelo en pleno giro, deteniendo su velocidad angular. Barrera era fuerte y ofrecía resistencia, pero en cuanto sus otros cuatro brazos se unieron al pulso no tuvo la menor oportunidad de salir victorioso del forcejeo. Agarró la vara, la cogió por un extremo con los tres brazos del costado derecho y le sacudió tal golpe que salió despedido un par de metros por detrás de su posición.

Uno menos. Rodó por el suelo para coger un par de las pistolas caídas y sacó otras dos de sus cartucheras. No creía que fuera a necesitar más de momento.

Batería fue el siguiente. No era mal tirador y se movía deprisa. Sería mejor emplear el cuerpo a cuerpo para desarmarle. Corrió hacia él, esquivando los disparos, y sin perder de vista a los otros dos, que le atacaban en la distancia, pero fallaban estrepitosamente ya que también se estaban vigilando el uno al otro.

Una vez estuvo cerca de Batería fue cosa de niños agarrar su arma con un golpe certero de mano. Por un asunto de justicia poética se puso creativo y le apuntó para dispararle con ella, pero el arma parecía descargada.

Y fue cuando se dio cuenta de que la creatividad puede aportar problemas si no llega en el momento adecuado.



—Lo siento, no hay pilas —dijo Batería sacando un segundo arma y disparándole en el brazo con un láser de gran potencia. Dobleseis hizo un amago de gritar de dolor, pero lo dejó.

Ahora sí que estaba cabreado. Pero no con Batería, sino consigo mismo por haber cometido un error tan garrafal. Había olvidado que aquel tipo siempre llevaba armas descargadas, ya que al poder amplificar la capacidad de las máquinas obtenía la energía de sí mismo para disparar y, aparte de ser más potentes, resultaban inútiles en manos ajenas a las suyas.

Agarró la base del láser con la mano y lo apartó furioso de un empujón. Acto seguido, le propinó un sonoro puñetazo doble a Batería. Dos menos. Nada de estilo ejecución. Quería cobrar las recompensas, a ser posible, y no sabía nada de si les querían vivos o muertos.

Repulsor se colocó frente a él. No tenía nada de buen tirador, la verdad. Pero cuando Dobleseis vio cómo se acumulaba la energía en sus guanteletes, pensó que tampoco es que le fuera a hacer demasiada falta.

Corrió a esconderse detrás de un búnker improvisado de bidones y llegó poco antes de que tuviera lugar la bárbara descarga. Los bidones le protegieron de lo peor, pero al salir volando le golpearon en múltiples sitios y le precipitaron contra la pared más cercana, dejándole como si le hubieran dado una paliza de minutos en cuestión de segundos. Necesitó de todos los brazos, incluso el herido, para incorporarse, como una araña, y cuando lo hizo vio que Repulsor estaba de rodillas en el suelo, con un tiro en su mochila que al cortocircuitarse le había dejado fuera de combate.

Silencio estaba justo a la espalda de su derrotado atacante.

—Supongo que a veces el sigilo lo es todo —dijo Dobleseis haciendo un amago de sacar una de sus armas de la cartuchera. Pero las fuerzas le fallaron, y cayó nuevamente al suelo.

Se levantó ligeramente sólo para mirar cómo Silencio se giraba para apuntar hacia Scream. Aquello iba a ser interesante como poco, razonó dolorido y magullado, tratando de incorporarse en vano.

‘Eres poco hablador, por lo que veo —comentó Scream, mirándole fijamente—. Menos incluso que Dobleseis.

Hasta tal punto, pensó Scream, que algunos creían que era mudo. Pero de todos modos, en aquel momento había en el ambiente un idioma más universal que las palabras.

Silencio estiró el arma hacia Scream. Se dispuso a disparar cuando el tiro le atravesó de lado a lado, sin dejar marca.



La sombra desapareció de donde estaba, para aparecer de nuevo detrás de Silencio. Un certero golpe al cuello terminó un trabajo técnicamente perfecto.

La sombra se acercó a Dobleseis y le ayudó a incorporarse, no sin antes desarmarle por completo, o todo lo que pudo a simple vista.

‘¿Estás bien? —preguntó, apartando los bidones combados y abollados.

—Tú no eres él —fue la escueta respuesta de Dobleseis—. No eres John Scream.

‘¿Por qué dices eso?

—Habéis dado el cambiazo. Lo sé porque has desaparecido en las sombras, y yo le quité los chismes que usaba para realizar ese truco.

‘Tienes razón en una cosa, y en otra no. No tengo anuladores de fotones, pero sí soy John Scream.

—Aparte de eso... —continuó Dobleseis incorporándose— no tenías nada que pudiera servir para transportarte instantáneamente de un lugar a otro.

Hubo un silencio momentáneo, que Scream no tardó en romper.

‘Puedes salir, Sam.

Otra silueta espectral surgió de la densa penumbra, y miró fijamente a Dobleseis. En sus ojos se reflejaba un odio intenso, apenas contenido.

—De modo que no sois uno... sois muchos. ¿Por qué me lo has mostrado?

‘Eres un profesional, y supongo que esto te hará entrar en razón. Nunca podrás intentar cobrar una recompensa por nosotros. Si capturas a uno, aparecerá otro. Y si capturas a ese, otro más.

—Ya veo... no estaba detrás de un hombre, sino de varios.

‘Da gracias a que encontré al Capitán Scream a tiempo, mutante, o te habría arrancado uno a uno todos y cada uno de esos brazos —fue el único comentario de Sam.

—Debo suponer que tú estabas con él cuando peleamos. Impetuoso, joven, pero valiente —terminó mientras se quitaba el polvo del traje de soldado—. ¿Y bien? ¿Qué sugerís entonces, Capitán John Scream?

‘Sugiero detener esta vendetta ahora mismo y establecer una alianza. Han jugado con todos nosotros, y es el momento de dar la vuelta a la situación.



—Podría intentar cobrar la recompensa por todos estos —sugirió a su vez Dobleseis, señalando al suelo.

‘Sólo has abatido a dos de ellos, en realidad. No creo que tu orgullo te permitiera hacer algo así.

—El orgullo es un asunto secundario cuando el estómago reclama comida. Sin embargo, dado que también me buscan a mí, te haré caso. Reanimemos a estos inútiles y vayamos al puerto espacial, allí hablaremos con más calma.

‘¿Le acompaño, señor?

‘No será necesario, Sam. Ve a decirles a los demás que estoy bien, y que se preparen para una misión de infiltración, con las debidas precauciones debido a que todavía no podemos comunicarnos con libertad. El lugar es aún desconocido, pero eso es lo que nosotros trataremos de averiguar cuanto antes. Ah, y Sam...

‘¿Sí, señor?

—Di a Razorclaw de mi parte que tenga lista el arma. Él sabrá a lo que me refiero.

‘De acuerdo, señor.

—El arma especial —reflexionó Dobleseis, viéndole marchar—. Supongo que no tardaré en enterarme.

‘Te enterarás, cazarrecompensas. Te enterarás.

Cuando Silencio, Barrera, Batería y Repulsor despertaron lo primero que les llamó la atención fue darse cuenta de que no estaban en el interior de ninguna celda, sino en una nave destartada y desvencijada pero bastante bien organizada con armería, una minúscula pero funcional sala de reuniones y unos enormes paneles electrónicos llenos de potenciales presas y las recompensas que se ofrecían por ellas.

Teniendo en cuenta que, además, estaban vivos, supusieron que nadie había reclamado aún ninguna recompensa por ellos.

Al fondo de la sala, junto a una esquina mal iluminada, estaba aquella sombra que les había llevado hasta las calles de Ernépolis I, observándoles fijamente.

—Supongo que esto quiere decir que somos aliados de momento —observó Repulsor.



El Caído no contestó. Se limitó a seguir mirando, sus ojos única fuente de luz en toda una silueta de insondable oscuridad.

La tensión del momento no duró demasiado. Un hombre entrado en los cuarenta llegó a la sala desde la cabina de mando, se sentó en un sofá libre y sacó un pitillo para fumárselo. Tenía barba y vestía con un mono de reparaciones. Llevaba, además, varias herramientas en un cinturón, muchas de las cuales podían servir de improvisadas armas en manos adecuadas y expertas, como las suyas, de hecho, parecían ser.

—Cuánto tiempo, Repulsor —se limitó a comentar el recién llegado.

—Vaya, vaya, dichosos los ojos. Cobald Decca.

—Llámame Códec, como en los viejos tiempos. Parece que mi socio os ha dado una pequeña paliza. Ahora vendrá, él tampoco ha salido bien parado precisamente.

—Debo suponer que ahora estamos todos en el mismo barco, entonces.

—Supones bien. Alguien empezó cazando sombras —dijo Códec mirando hacia donde estaba Scream— y luego siguió cazando cazadores.

—Por eso ha llegado el momento de que le cacemos nosotros a él —añadió Dobleseis entrando a la sala a su vez. Tenía el torso desnudo y recorrido por un vendaje que le envolvía por donde buenamente podía, y otro le cubría el brazo herido. Su rostro tenía varias cicatrices y tenía el pelo corto, aunque no tanto como para ser considerado de estilo militar. Aparte de eso, su barba de varios días, más que una circunstancia del momento, parecía un rasgo habitual de su cara. No había, por tanto, nada anormal en su semblante. Por otro lado, nadie se fijó mucho en su rostro, pues no todos los días se podía ver a un ser humano que poseía seis brazos con el torso al descubierto.

—¿Eres un híbrido de humano y alien o algo así? —preguntó Batería. Dobleseis no contestó.

—¿No te sabes acaso la historia? —contestó Repulsor por él—. Contaminación, exposición a materiales tóxicos. Las colonias no se han desarrollado precisamente en un marco de absoluta legalidad y tolerancia con el medio ambiente.

—¿Quién fue el responsable? —insistió Batería.

—¿Acaso te pregunto yo por qué tienes ese brazo biónico y eres como un muñeco de cuerda con patas? —replicó el multibrazos poniéndose el traje militar y mirando, afligido, su casco roto por el golpe de la vara de Barrera.



—El caso es que decidió volverse cazarrecompensas, se asoció con Códec, que le repara las armas y le lleva las finanzas, un talento en estos días más útil que atinar a un blanco a doscientos metros, y se lanzaron a malvivir al espacio.

—Creo que la parte de malvivir me resulta familiar —añadió Barrera.

—¿Cómo les conociste, acaso erais socios los tres al principio? —insistió Batería.

—Chico... uno habla de la vida de los demás, pero no de la suya.

—Muy bien, chismosas, si habéis terminado, es el momento de que hablemos claro —tomó Códec la palabra en lo que tecleaba sobre la mesa y los paneles electrónicos empezaban a reconfigurarse. Scream salió de su esquina y se acercó hacia ellos, moviéndose como si no tocara el suelo.

—Grimoso pero efectista —comentó Repulsor mirándole un momento para luego dirigir su atención hacia la pantalla. Una lista de docenas de cazarrecompensas apareció en la misma.

—Todos estos tipos —empezó Códec con calma— están o han estado en la ciudad en algún momento desde que se puso precio por la cabeza de él —señaló a Scream—. Por lo que he podido averiguar alrededor de la tercera parte se ha largado por voluntad propia, y otros han sido capturados y se ha cobrado su recompensa, en algunos casos hace apenas cuestión de horas. Imagino que otros habrán sido... invitados a marcharse.

‘Imaginas bien —dijo Scream tecleando en la pantalla. Al cabo de un rato, dieciocho de los cazadores de bonificaciones que quedaban desaparecieron de la imagen.

—¿Cómo has podido encargarte de tantos? —preguntó Barrera, intrigado.

‘Ésta es mi ciudad —fue la escueta aclaración de Scream.

—Si quitamos los que he mencionado —prosiguió Códec— eso nos deja con... unos veinte cazarrecompensas pululando por la ciudad, sin contarnos a nosotros mismos, y sin contar a los que o no conocemos, o no están, digamos, gremiados. Tal vez alguno sepa algo.

‘Lo dudo —argumentó Scream—. Hay precio por su cabeza también, y por lo que he visto, ese precio es proporcional a su peligrosidad, como si alguien quisiera asegurarse de que todos pelean con todos.

—¿Qué sugieres entonces? —replicó Dobleseis.

‘Hay alguien que también estaba intentando cobrar la recompensa. Alguien —tecleó su nombre y apareció en la pantalla— por quien, como sospechaba, no se ha ofrecido premio alguno.



—Interesante —comentó Códec, mirando la pantalla—. Supuse que algún día nos cruzaríamos en su camino.

‘En mi caso, por desgracia, eso ya ha sucedido. Aunque últimamente se las ha arreglado para pasar a través de mí —dijo haciendo un juego de palabras.

—Vayamos a hacerle una visita, pues —sugirió Repulsor, examinando su equipo dañado—. ¿Puedes arreglar esto, Códec?

—Sin problemas, aunque deberías renovar el sistema de alimentación. Podéis coger lo que queráis de la armería, también.

‘Yo voy a buscar información de una fuente alternativa, y Dobleseis vendrá conmigo. Imagino que podréis manejar este asunto sin mí.

—Eh, tú habrás nacido de la ceniza, serás inmortal y todo ese rollo que te marcas, pero nosotros tampoco estamos precisamente desarmados —protestó Batería.

‘Me alegra escuchar eso, porque vamos a necesitar todo el aplomo que podamos reunir —acabó Scream deslizándose hacia la escotilla de salida, con el imperturbable cazarrecompensas multibrazos siguiéndole los pasos.

Una sentencia de libertad tenía muchas ventajas, pero también sus inconvenientes. Uno de ellos, sin duda, era el hecho de ser encontrado con relativa facilidad. No es conveniente para un acusado recién integrado a las calles llamar demasiado la atención ni desaparecer por largos periodos de tiempo.

Krexon, además, sabía que debía manejar bien sus cartas. No sólo tenía que hacerse el tonto, también parecerlo. Nada de crímenes, ni robos, ni nada peor aún que eso. Ya tendría ocasión más adelante de forjarse unas credenciales de sangre por los medios adecuados.

Aun así Krexon tenía todos sus ojos bien abiertos y se había dado cuenta de que le estaban siguiendo. Tampoco es que eso fuera algo muy extraño en Los Túneles, pero sí que lo era que lo hicieran tres tipos que, además, parecían especialmente preparados para el combate.

Atravesó una pared, se coló por medio de un edificio ruinoso, y pasó al callejón paralelo. Supuso que eso bastaría para despistarlos.

Al menos, a los tres que estaban tras sus pasos.



Un tipo con pistola surgió frente a él y le apuntó al violáceo pecho. Krexon se disponía a traspasar la pared cercana, con parte de la mano ya a través del muro, cuando dispararon, y la descarga resultante le lanzó al suelo. Al poco rato, los tres tipos que le seguían llegaron desde el otro callejón.

—Te hemos estudiado, Krexon —explicó Repulsor—. Hemos visto que ciertas frecuencias pueden dañarte incluso en estado de incorporeidad. Eso, unido al excelente trabajo de Silencio para no perderte de vista en ningún momento, ha bastado para que lleguemos a este punto.

—No podéis hacerme nada, cazabonificaciones. Si me matáis irán por vosotros, no hay cargos ni recompensa contra mí.

—¿Sabes qué es lo bueno de este láser, Axcroniano? —agregó Repulsor—. Que no deja huella sobre tu fofo cuerpo.

Silencio disparó de nuevo, y Krexon se retorció en el suelo.

—De acuerdo, de acuerdo —levantó las manos—. ¿Qué queréis?

—¿Quién ha puesto precio a nuestras cabezas y por qué?

—Por un torneo, una competición. Quiere que os matéis, ver quién es el ganador.

—¿Por eso no funcionan tampoco bien las comunicaciones?

—Sí, quería que no pudierais hablar entre vosotros, impedir que hicierais equipo.

—¿Quién?

—No lo diré, cazarrecompensas. Esto es todo lo que sacarás.

—¿Incluso aunque te sigamos disparando?

—Sí, porque vosotros no me mataríais, pero él sí, sin dudarlo.

—De momento te llevaremos ante las autoridades y te acusaremos de complicidad en la interferencia de las comunicaciones, ¿qué te parece?

—Me parece que otra vez será—dijo Krexon atravesando el suelo y desapareciendo bajo sus pies.

—Maldición —musitó Repulsor.

—Permíteme —comentó Batería tocando el equipo de Repulsor con su brazo biónico.

Repulsor concentró la potencia de los guanteletes y la descarga aumentada reventó varios metros de suelo compacto con un tremendo estruendo. Cuando el polvo se levantó vieron que justo debajo de ellos había un tramo de alfombra. Repulsor se dejó caer al suelo, extenuado por el



esfuerzo realizado. Si bien gozaba de una inmensa capacidad destructiva, siempre era muy vulnerable una vez la había utilizado.

—Debió de darse cuenta de esta vía de escape en algún momento del interrogatorio — comentó Barrera—. ¿Le seguimos?

—Puede haber tomado cualquier dirección, aunque esté aparentemente bloqueada — contestó Repulsor, levantándose poco a poco—. Esperemos que a los otros les vaya mejor en su búsqueda de información.

Nada más salir de la nave John Scream se dirigió a la salida del Aquerón más cercana al puerto espacial, seguido por Dobleseis. No tenía pensado utilizarla, sino mantenerse en los alrededores hasta que se personara alguno de los suyos para que le tuviera al tanto de las nuevas noticias.

No tuvo que esperar demasiado hasta que Sam Grove apareció vestido con ropa de calle y un revólver en las manos. La sorpresa de Dobleseis no se hizo de rogar.

—Ese arma... es como la que yo tengo.

‘Así es. Nosotros se la arrebatamos a su dueño de sus mismas manos, y pensábamos que era la única. Al parecer tú pensabas lo mismo de la tuya.

—Por eso me has dicho que viniera, para dárme la sin que los demás supieran de dónde la habías sacado.

‘Hola, Sam —dijo Scream dirigiéndose hacia Grove, ignorando el comentario de Dobleseis—. Veo que Razorclaw entendió mi mensaje.

—Traigo además nuevas noticias, señor —dijo señalando hacia el fondo del callejón. Una figura femenina, con una visera del grupo Hooverphonic, apareció y caminó hasta su lado.

‘Echo —comentó Scream con calma—. Habéis vuelto a la ciudad, por lo que veo.

—Me manda Distorsión. Teníamos una deuda, y la hemos cumplido. No hemos logrado saber quién contactó con nosotros para cortar las comunicaciones, pero sí desde dónde. Lo hizo aquí, en Ernópolis, en una mansión que suele ser ocupada por altos cargos públicos. Los tuyos ya tienen los detalles. Además, como excusa para nuestra vuelta, daremos un concierto sorpresa esta noche. Hemos logrado algún avance en el control de las interferencias, y cuando acabemos de tocar las comunicaciones estarán en su mayor parte restablecidas.

—¿Cuándo tocaréis?



—Ya lo estamos haciendo. Han empezado con los temas de guitarra más agresivos, para que pudiera ausentarme temporalmente y avisaros.

‘Seríais de gran ayuda en el asalto.

—Lo lamento, pero nosotros ya hemos cumplido. Estamos en paz —dijo marchándose por donde había venido.

—¿Piratas? —preguntó Dobleseis una vez estuvieron los tres solos de nuevo.

‘Algo así —contestó Scream—. ¿Habéis investigado sobre esa mansión?

—En efecto, señor. En estos momentos la está ocupando el Juez Nitram, y dado su importante cargo está llena de cuerpos de las fuerzas de seguridad.

‘Gente que sólo es nuestra enemiga por culpa de los acontecimientos —añadió Scream mirando a Dobleseis.

—Hay algo más, señor. Hemos investigado el pasado de Nitram, y más o menos en su periodo como embajador de los Gilock estableció lazos cercanos con alguien familiar para nosotros.

‘¿Quién?

—No va a creérselo cuando se lo diga, señor.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

Tras 24 números, toca número especial y de larga extensión. Y esta vez iremos al pasado, y veremos cosas que nunca pensábamos que veríamos. No se puede decir más sin arruinar la sorpresa, pero... ¡no os decepcionará!



colaboran:

tiendas:



www.atlanticacomix.com

editoriales:



www.alfaeridiani.com



www.edicionesevohe.com



<http://aroz.izar.net>



www.grupoajec.es/



www.ngcficcion.es/

ngc 3660

www.ngc3660.es

2011, Copyright Magnus Dagon por el texto.
2011, Copyright Guillermo Romano por la ilustración.

Web de Magnus Dagon: www.magnusdagon.com

Web de Guillermo Romano: <http://guilleromano.com.ar>